

CALOR Y FRIO.

Al fin la insurrección de París está sofocada. Lo creo: con el calor que, según dicen, se siente ya en Europa, y con el fuego, al por mayor, que se usa en la capital de Francia, cualquiera se sofoca.

Y sería muy fácil la congestión cerebral, si París tuviera cerebro y si Thiers no se ocupase en echar aire fresco sobre los miembros de la Comuna.

Irrita la sangre pensar las atrocidades que han cometido los rojos, pero se queda uno frío cuando oye hablar de fusilamientos por centenares.

Porque al verdadero culpable de tanta desdicha no le llega el calor del incendio y se está más fresco que una lechuga en su residencia de la Gran Bretaña, esperando el momento de ponerse al sol que más calienta.

Los alemanes, que son unas gentes de temperamento muy frío, han producido una hoguera.

La hoguera de la rebelión acaba Thiers de apagarla con el fuego de su batería.

¡Vaya usted luego a fiarse en las consecuencias del calor y del frío!

De tal modo se van poniendo las cosas, que cuando vea un incendio, dudará uno si al fin se encontrará un montón de cenizas o una copa de sorbete.

Y por si parece exageración, pondré algunos ejemplos.

Un hombre que se llama Céspedes (apellido que no puede ser más fresco, tomado en singular) encendió la rebelión en Cuba.

La tea incendiaria de los insurrectos ha dejado frios hasta a los mismos que en su acalorada fantasía simpatizaron en los primeros instantes con los revoltosos de Yara.

Los cespeditas creen que el calor tropical es un poderoso auxiliar para su causa; mientras los españoles jamás pudimos dudar del triunfo, por el calor con que sabemos defender la honra nacional.

Nada me produce más calentura que los laborantes, cuando son gente que la horchata de chufas la tienen a cántaros en las venas.

Es cosa de calentarse los cascos para descubrir la causa de estos enigmas.

Hoy, en el momento que me estoy deritiendo los sesos para hacerme la ilusión de que coordino ideas, la noticia más fresca que se puede dar al que pregunte:—¿Qué hay?—es decirle que hace calor. ¡Y qué calor! Frescos estamos si el veranito sigue explicándose como hasta aquí!

Tiendo la vista por otro lado, y me encuentro con que el Louvre y la Dominica están haciendo su agosto con los helados.

Y sin ir más lejos, ahí está un individuo sudando la gota gorda de tanto dar vueltas a una garrafa para hacer un sorbete.

Muy acalorado encontré ayer a un amigo, porque su novia es muy fría, y con su glacial indiferencia le quema la sangre.

Los pormenores del bazar patriótico deben haberse quedado frios con el resultado de su empresa, y eso que en el teatro de Albisu hace calor hasta la exageración.

Y lo que es más; ese mismo calor excesivo que se siente en el local, puede ser causa de que se haya enfriado el entusiasmo de la gente para acudir.

Nunca están más frios los teatros que en verano, ni jamás se baila con más calor que en invierno.

Si se le enfria a usted el sudor, le dá un patatús: si el sudor empezara a hervir en la cara, yo no sé lo que sucedería.

Pero vengamos a las cosas del día; a las que más acalorados tienen los espíritus.

El hielo del egoísmo es lo que tiene perdido el mundo, según dicen, porque yo entiendo poco de estas cosas, y sin embargo, el mundo anda por sus cuatro costados.

En un instante de acaloramiento, dos naciones que se habían hecho poderosas al calor de la civilización y del progreso, encienden el volcán de la guerra.

Echeme usted aire con un abanico, que me abraso!

Con frío cálculo recogieron los más mortíferos instrumentos de guerra, contaron sus huestes con glacial indiferencia y dejaron el hielo de la tumba en el corazón de las madres que veían partir a sus hijos para el combate.

Póngame usted una capa sobre los hombros, que estoy tiritando!

Y a todo esto, los dos héroes de la fiesta, el fogoso Bonaparte y el frígido Guillermo, tran frescos!

Vomitaban llamas los obuses y ametralladoras, y los franceses salieron echando chispas, huyendo de las baterías alemanas.

Napoleón llegó a comprender en Sedan que había sido víctima de un acaloramiento, y con una sangre fría de primer orden, dejó la cabeza al fresco, quitándose la corona; y desnudó su espada para ponerla en manos del vencedor.

En la entrevista que tuvieron los dos soberanos, reinó la mayor frialdad, y eso que cada uno de ellos debería tener un volcán en el pecho, y según la opinión de algunos, dos volcanes o dos y medio.

París se batió con calor para defenderse; pero se quedó luego frío cuando supo las condiciones con que se había ajustado la paz.

Libre de Napoleones y de prusianos, hirvió tanto el puchero del entusiasmo, que por los bordes se escapó el líquido, abrasándolo todo.

Y después de tanto fuego, reina hoy en Francia el frío de la muerte, porque muerta y muy muerta se halla su riqueza y su fama y su gloria militar y política.

Repito que estoy tiritando!

Y mientras, Napoleón, en el calor del hogar doméstico, se estará calentando la cabeza para buscar el modo de recobrar la corona que se le deritió en Setiembre.

¡Aire! ¡aire!

Y sudará el quilo por recobrarla y por volver a calentar el puesto, del que fué echado con viento fresco.

Estos son los contrastes de el calor y el frío, que hoy me han dado tema para unos cuantos razonamientos que con dificultad llegarán a dar calor a la más ligera idea.

Y sin embargo, yo me he calentado los sesos para trasladarlos al papel, y ustedes, seguro estoy de ello, se quedarán frios cuando los lean.

Si es que los leen, porque el calor que hace no permite dedicarse a nada.

A nada más que a sudar.

JUAN DE AUSIRIA.

BOCETOS A LA PLUMA.

LOS COMUNISTAS DE PARÍS.

Incansable JUAN PALOMO en proporcionar novedades a sus numerosos amigos, y con el deseo siempre de que todos los sucesos del día queden consignados en sus columnas, ofrece hoy los retratos de los seis principales cabecillas de la insurrección de París, sacados de las fotografías que acaba de facilitarle una persona recién llegada de la capital de Francia.

Pero como por la fachada no se puede sacar el fondo, se completa el dibujo con algunos apuntes biográficos de estos caballeros rojos, que ya van tirando a color de castaña.

Todas estas cosas las hace JUAN PALOMO por complacerlo a usted, señor público respetable, y el que no esté contento que levante el dedo y se le dará propina.

Allá vá eso:

CLUSERET.—Este general, que acaba de espiar sus crímenes en el patíbulo, era la figura militar más prominente de los Comunistas. En su juventud había servido en el ejército francés, y consta que en 1848, siendo teniente en el 55 de línea y comandante de un batallón de Guardias Móviles, atacó a los insurrectos de París, por lo cual obtuvo la cinta de la Legión de Honor, aunque ahora se hubiera guardado bien de usar una condecoración ganada por actos tan contrarios a los que le han dado tanta popularidad entre sus amigos de hoy. También ha peleado en África, en la Crimea, en Italia y a las órdenes de Garibaldi. Despedido del ejército francés por sus malos manejos en asuntos de la administración militar, y desterrado de Francia durante el régimen imperial, emigró a los Estados Unidos, se hizo ciudadano de la República y tomó parte en la campaña contra el Sur, aunque sin distinguirse notablemente. Hallóse en París la guerra de Prusia, y apenas fué derrocado el imperio, brindó sus servicios al general Trochu, el cual no tuvo a bien aceptarlos, sin duda porque recordaba sus pésimos antecedentes. Despechado y rabioso, comenzó entonces su oposición al Gobierno, pues desde los primeros días lo vemos dirigirse a Marsella, a Lyon y otras poblaciones, agitando a las masas y concitándolas a la insurrección, contribuyendo con los demás héroes de la Comuna a esos reveses estupendos que han postrado a su patria a los pies del invasor extranjero. Cuando Francia, deshecha y jadeante después de la lucha, se hallaba sin fuerzas para levantar el brazo y aplastar a la víbora emboscada en las alturas de Mont-

martre, y la infame insurrección se enseñoreó de París invocando los derechos municipales, Cluseret que tanta parte había tenido en la escandalosa rebelión fué elevado por sus cómplices al Ministerio de la Guerra, que tuvo a su cargo con poderes casi dictatoriales hasta 1º de mayo. Habiendo disgustado a sus subordinados con ciertas medidas severas, los amigos del desorden lo destituyeron, colocando en su puesto al oficial de ingenieros Rossel, y disponiendo que se le juzgase en la Corte Marcial.

Se dice de Cluseret que, con una ambición desmedida, poseía también gran talento organizador, mucha firmeza de carácter, conocimiento del mundo y de los hombres, dotes de mando poco comunes, sobriedad extraordinaria, y ningún vicio vergonzoso. Mas con todo esto, ha sido un gran criminal y ¡Dios le haya perdonado!

PASCUAL GROUSSET.—De esta notabilidad comunista dijo hace poco *La Gironde*, de Burdeos: "M. Paschal Grousset tiene 30 años, y ha sido empleado en el Hotel de Ville, donde su nacionalidad corsa y sus opiniones bonapartistas le habían facilitado la entrada. Fué redactor del *Figaro* bajo un pseudónimo y redactor de *La Marseillaise*, y hoy redacta el periódico más violento de París. Todo el mundo recuerda su actitud teatral en el proceso de Pedro Bonaparte."

A esta breve noticia podemos agregar que Mr. Grousset, después del escándalo del 18 de marzo, fué elegido para el Ministerio de Negocios Extranjeros, y con ese carácter tuvo la osadía de dirigir una circular a los representantes de las potencias extranjeras, anunciándoles benévola y que la Comuna deseaba mantener las relaciones más amistosas con todas. (Ménos con Francia, por supuesto.)

ADOLFO A. ASSI.—De este personaje sólo sabemos que tiene 30 años, que es maquinista y que fué presidente del comité central de la Guardia Nacional que dió el golpe del 18 de marzo, influyendo poderosamente en las últimas huelgas del Creuzot.

Ante los tribunales declaró no haber formado jamás parte de la Asociación, y fué absuelto; pero en los debates se probó que Assi era un desertor del 101 de línea.

Es el mismo que tuvo la gloria de presidir el llamado Consejo de Guerra en que se dispuso el asesinato de los generales Thomas y Lecomte. Presidió también el Comité Central de la Guardia Nacional, inaugurado el 19 de marzo, y posteriormente pasó a varios distritos rurales de Bélgica con la caritativa misión de rebelar a los mineros y alucinarlos con las bienandanzas comunistas, pero esas gentes industriosas tuvieron la sensatez de renunciar a las delicias de la república universal, y se volvió mohino a París.—Pero este también ha purgado sus delitos.

ARTURO ARNOULT.—Tiene 35 años, es hijo de un profesor de la Sorbona, antiguo empleado en el Hotel de Ville. Ha colaborado en *L'Opinion National* y en *La Marseillaise* sin gran éxito. Es un fruto seco del periodismo y un radical del día siguiente.

DELESCLUZE.—Este, con Félix Pyat y Federico Cournet, formaba un triunvirato de inmensa influencia sobre los rebeldes. Era miembro del Consejo Comunal que se inauguró el 27 de marzo, y después fué nombrado con otros cuatro para la Comisión de la Guerra. Conocido hace tiempo por la exageración de sus ideas revolucionarias, no ha defraudado las esperanzas de sus frenéticos partidarios, pues como vocal de la Comisión Ejecutiva, ha tenido la gloria de sancionar algunas medidas del 101 más sangninario, como la supresión de los periódicos hostiles a los comunistas, la prisión de los sacerdotes y los sabios para destinarlos a servir de rehenes, y la resurrección del Tribunal Revolucionario para juzgar a los sospechosos.

AVOINE.—De este no hemos conseguido más noticia sino que es un obrero de Montrouge, y que su fama, hasta su elección para la Comuna, no ha pasado los estrechos límites de la cerca de Montparnasse. Su nombre, traducido al español, significa *avena*, y su cara, observado bien, vale toda una biografía!

JUAN DIENTE.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

VI.

El alférez Pacheco continuó su relación, interrumpida con la llegada de D. Ruperto Casamayor, diciéndome, después de haber lanzado un profundo suspiro:

—No puede usted figurarse el mal efecto que me ha hecho la visita de este buen señor en los momentos que recordaba la primera vez que vi a Adelina; porque el encuentro de esa

mujer en la *Filarmonía*, aquí mismo, influyó poderosamente en los sucesos posteriores de mi vida, y es quizá la causa directa de hallarme ahora en la cama con una pierna menos y con algunos desengaños más.

—Hace usted mal, le dije, en acusar a las mujeres de las consecuencias que traen sus relaciones. Culpe usted sólo a su destino, que se formó el propósito de quitarle una pierna.

—Es verdad.

—Estábamos en el momento en que buscando a sus siete amadas, se quedó estático, contemplando la hermosura de Adelina. ¿Y después?....

—Después seguí mirándola, porque no podía hacer otra cosa; era imposible ver a aquella mujer sin mirarla con insistencia, y mi insistencia debió ser tal, que hubo diez y siete ojos que con sus movimientos significativos marcaron visiblemente la alarma de sus propietarios.

—¡Diez y siete ojos! exclamé. No entiendo esa cuenta.

—Pues es muy sencilla: los dos ojos de Fina, los dos de Aurelia, los dos de Fáusta, los dos de Angela Mariana, los dos de Catuca, los dos de Clotilde y los dos de Isolina, suman catorce; añada usted ahora los dos de Adelina, que aunque en sentido contrario, estaba también alarmada, y resultan diez y seis.

—Pero sobra un ojo, amigo mío.

—No, por cierto; el ojo décimo séptimo era de la madre de Adelina, que, como suegra en ciernes, había de alarmarse.

—Pero, por ventura, la madre de Adelina le miraba a usted de perfil?

—No: era tuerta. Ya vé usted que mi cuenta resulta exacta.

—Es usted oportuno, dije riéndome. Adelante.

—Mi primer impulso fué estrechar las distancias para aprovechar la favorable impresión; pero para llegar desde la puerta hasta aquí, que era justamente donde Adelina estaba sentada, necesitaba atravesar un espacio no corto y lleno de peligros, por cuanto había de encontrar al paso a más de uno de mis siete tormentos. Adelina parecía que miraba al escenario, donde se representaba a la sazón el primer acto de *Los Amantes de Teruel*; pero bien estudiada la visual, y conociendo el principio físico de que el ángulo de reflexión es igual al de incidencia, adiviné que la mirada de aquella niña venía de rechazo a dar sobre mi pecho; y atropellando por todo, fui a ponerme junto a aquel balcón; pero ¡ay! ni el paso de las Termópilas fué más empeñado! Tuve que valerme de los codos para romper la masa de gente a quien disputaba el puesto, y los viejos gruñían porque iba a distraer su atención en uno de los mejores momentos en que *Diego Marsilla* se esforzaba por manifestar su lirismo platónico por aquella *Isabel Segura*, que ha dejado a los tontos tan gran ejemplo de constancia que imitar.

—Nada perdona usted, amigo D. Félix, en su relación; atropella usted con sus chistes sangrientos al mundo, a los amantes y al autor del drama, al mismo Hartzenbusch.

—Hago lo que entonces, que quería llevármelo todo de encuentro, porque mi deseo era llegar a toda costa a un punto desde donde pudiera ponerme en comunicación telegráfica con aquella mujer que me había sorbido el seso con una simple mirada; para conseguir mi objeto, tuve antes que detenerme delante de Isolina y estrecharle la mano, a fin de corresponder con fingido afecto al brusco pisotón que me aplicó en venganza de mis miradas a Adelina, haciéndome ver el sistema planetario con el dolor que me produjo el tacón de su bota sobre un magnífico callo que tenía en el juanete; en la fila siguiente estaba Clotilde, y aprovechándose de las apreturas, extendió su delicada mano, que a pesar de estar calzada con el guante, me dejó en el brazo todo un Consistorio romano.

—¿Un Consistorio?

—Sí: una reunión de cardenales, que me inflamaron el brazo.

—¿Cáspita con la niña!

—¡Era una fiera! Pero ¿qué me importaban todos los tormentos de la Inquisición, si al cabo me situé enfrente de Adelina, teniendo la ventaja de que me encontraba hacia su costado derecho?

—¿Y qué ventaja era esa?

—La madre de Adelina, como dije a usted antes, era tuerta del ojo derecho, y embebida con la representación, miraba al escenario, no interceptando las corrientes que en esa dirección enviaba yo a su encantadora hija.

—¡Camarada! exclamé riéndome con estrépito; procure usted no prodigar en su relato esas oportunas ocurrencias, porque me excita usted la risa, y no es muy humano entregarnos a demostraciones de placer teniendo al lado, en esa cama, un prójimo que se prepara a abandonarnos para siempre.

—Ese individuo es más feliz que yo, porque se lleva consigo las dos tibias y los dos peronés; y no tiene como usted unos hijos que lo llamen, haciéndole necesaria la existencia. Pues, como iba diciendo, Adelina y yo nos miramos; y como soy impresionable....

—Bien se conoce, le interrumpí; estoy seguro de que no acabaría la noche sin que se enamorara usted de alguna otra mujer.

—No, por cierto. Adelina ha sido el único amor verdadero de mi vida; la única mujer que me fijó; estas relaciones han sido también la única cosa que he tomado en serio; ya se convencerá usted de que no le engaño.

—¡Pobre muchacha!

—No, amigo mío: ¡pobre de mí! El hombre que ama a la vez siete mujeres, no corre peligro; mientras que el incauto que se entrega a una sola, se deja aherrojar y pierde el albedrío, la calma y la libertad. En los mejores arranques platónicos de *Diego Marsilla*, volvíame hacia Adelina, y como si fuera yo el actor que dejaba escapar las frases apasionadas, hicela comprender que me moría de amor por ella y que sería capaz de dejarme enterrar vivo para probar que era más legítima mi impresión que la del amador de Teruel.

—¿Y ella?

—Ella estaba vuelta hacia mí como el girasol al astro del día, sin voluntad para retirar los ojos de mi persona, oyendo por conducto de mis labios los versos que repetían los actores; conocí al momento que la fascinación era completa y que aquella mujer me pertenecía. Cuando acabó el primer acto, quise salir, como todas las personas que nos encontrábamos en pie, pero me inspiraba miedo correr de nuevo los peligros de la entrada; el callo de mi juanete me daba unos fieros latidos, y el pie se negaba a conducir al cuerpo por el sitio en que había de tropezar con Isolina, temiendo la segunda agresión; por otra parte, el brazo me dolía; solamente el entusiasmo que en mí producía Adelina podría haberme hecho soportar el dolor sin que se escaparan lágrimas; me veía obligado a quedarme allí, siendo el blanco de todas las miradas, y expuesto a que el ojo de la madre de Adelina cayera sobre mí como un rayo de destrucción.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Lo que los cómicos en sus falsas retiradas de la escena: hacia que me iba y volvía; es decir, me adelantaba hasta la fila en que estaba sentada Clotilde, pero sin ponerme al alcance de sus dedos alguaciles, y retrocedía; con estas evoluciones conseguí que todo el mundo me mirara y que todo el mundo anduviera buscando el motivo de mi intranquilidad. Mis siete amantes me destruían con sus catorce ojos; la mamá de Adelina me comía con su ciclópea mirada; pero en cambio, me sentía feliz, porque los ojos de Adelina me decían que estaba agradeciendo el tormento que por ella sufría. Cuando concluyó la función, me dolían los huesos; pero estaba ciegamente enamorado y tenía la convicción de que era correspondido. Hé aquí, amigo mío, explicada la ley de las compensaciones.

—Y ¿salió usted por fin? le pregunté, demostrando con mi impaciencia el deseo que tenía de saber los resultados de aquella historia.

—Para salir, necesitaba mover las piernas, y la derecha no me obedecía con el dolor del callo inflamado por el pisotón de Isolina; me encontraba lo mismo que ahora: nada más que con una pierna útil.

—¿El callo estaba en la pierna herida?

—Cabalmente, amigo D. Juan. ¿Quién había de decir a Isolina que aquel pie que lastimaba en un arrebatado de celos, había de ser víctima de los mambises? Vea usted aplicada otra vez la ley de las compensaciones, añadió riéndose; me consuelo de la pérdida de mi pierna derecha, porque ya no tendrá el gusto aquel maldito callo de darme que hacer, siendo objeto de la furia de una mujer irritada.

—¿Salió V. por fin?

—Por supuesto. Salió Adelina, y me fui detrás, en un pie, como me iría ahora si me hallara en aquel caso. Las mujeres verifican prodigios en los hombres.

—¿Y las siete de marras?

—Allí estaban, esperándome en el zaguan; pero yo supe burlar el homicida taconito de Isolina, las inquisitoriales uñas de Clorinda y los acechos de las demás; prodiguéles saludos corteses, y haciendo un ingenioso zig-zag, me planté en la acera de la Plaza en el momento en que Adelina, con su madre, con su padre (porque por desgracia tenía padre), y con ese robusto tío que acaba de visitarme, entraban en una soberbia carretela, tirada por dos briosos caballos americanos.

—Segun eso, era rica?

—Iba a ocuparme del particular ahora mismo. Seguía con los ojos enamorados la punta de un brevísimo pie que descubrió Adelina al coger el estribo, y cuando aquel cuerpo de sílfide cayó en los mullidos cogines del vehículo, cruzó por mi mente la idea de que valía más esa criatura, porque poseía una carretela francesa con dos caballos magníficos, aunque me ofrecía la contraria compensación de poseer un padre todavía joven y muy sano y una madre con un ojo escudriñador, que en la apariencia valía por los ciento de Argos.

—¿Y siguió usted la carretela?

—¿A pié? Aunque he servido en cazadores, no podía dar alcance a un amor tan arrastrado por caballos de tanto poder; quedéme, pues, estupefacto, y allí hubiera quizás permanecido mucho tiempo, a no haber sentido en la espalda un pinchazo, que al pronto me hizo temer que me habían atravesado con uno de aquellos puñales de Albacete tan conocidos de

los viajeros que cruzan por la Mancha. Volvíme, dando un grito penetrante, y me encontré con la cara de un hermano de Aurelia, que se acercó a socorrerme, llevando a ésta del brazo. Entonces conocí que Aurelia, al paso, me había clavado entre las paletillas un alfiler mayúsculo para vengarse de mi veleidad; temiendo comprometer a la joven y tener un lance con el hermano, dí a éste las gracias por su atención, protestando que me había torcido un pié.

—¿Qué desgraciado fué usted aquella noche!

—No, amigo mío; a pesar de todo, fui feliz!

—¿Y Adelina?

—Adelina se dormiría pensando acaso en mí; y yo no dormí, pensando en ella.... Pero la vida tiene sus exigencias prosaicas, y hay que ceder a estas; aquí llega mi asistente con la sopa que la rigurosa tiranía del médico me permite por único alimento, y el estómago me dice que debo dejar a Adelina, para satisfacer una imperiosa necesidad. Hagamos un paréntesis.

(Continuado.)

JUAN SIN-TIERRA.

EN EL ÁLBUM DE CÉLIA.

¿Quién, Célia, podrá de un pecho todo lleno de esperanzas, pintar con la tosca pluma las ilusiones doradas?

¿Quién de la joven esposa, podrá describir el ansia con que medrosa, a ese nombre unir el de madre aguarda?

¡Madre! nombre que realiza los ensueños de su alma y un nuevo amor, puro y santo, le hace ver en lontananza;

Y de ese anhelado día, en tanto que brilla el alba, de los goces que presiente su imaginación no aparta,

Que del maternal cariño, emanación sacrosanta del cielo, desde la cuna arde en la mujer la llama.

Tú, Célia, que el pensamiento de esa idea no separas, y al mismo tiempo que temes, sufrirás por la llegada

Del día que de tus ojos, bañado en las dulces lágrimas, de la flor de tu cariño el primer capullo nazca;

Recibe en cortos renglones, que la amistad te consagra, los votos que por tu dicha al cielo eleva mi alma;

Y él quiera que pueda verte, de felicidad colmada, a la flor de tus amores acariciando en tus faldas,

Y en sus pétalos vertiendo, copiosa y dulce, la savia, rico manantial de vida, que el maternal seno guarda.

Entonces el labio mío, que hoy venturas te presagia, madre, por la vez primera, te dirá en estas palabras:

—Bendita de Dios la madre que al hijo de sus entrañas, con las fuentes de su pecho la sed de los labios calma.

Habana, 1870.

R. DE MEDINA.

Lo siguiente, si no ha sucedido, puede suceder el día mé nos pensado:

Figurémonos un criado con su correspondiente señorito.

El primero quiere al segundo entrañablemente: le vé siempre con la nariz sobre el libro y teme que le dé un ataque cerebral a fuerza de estudiar tanto.

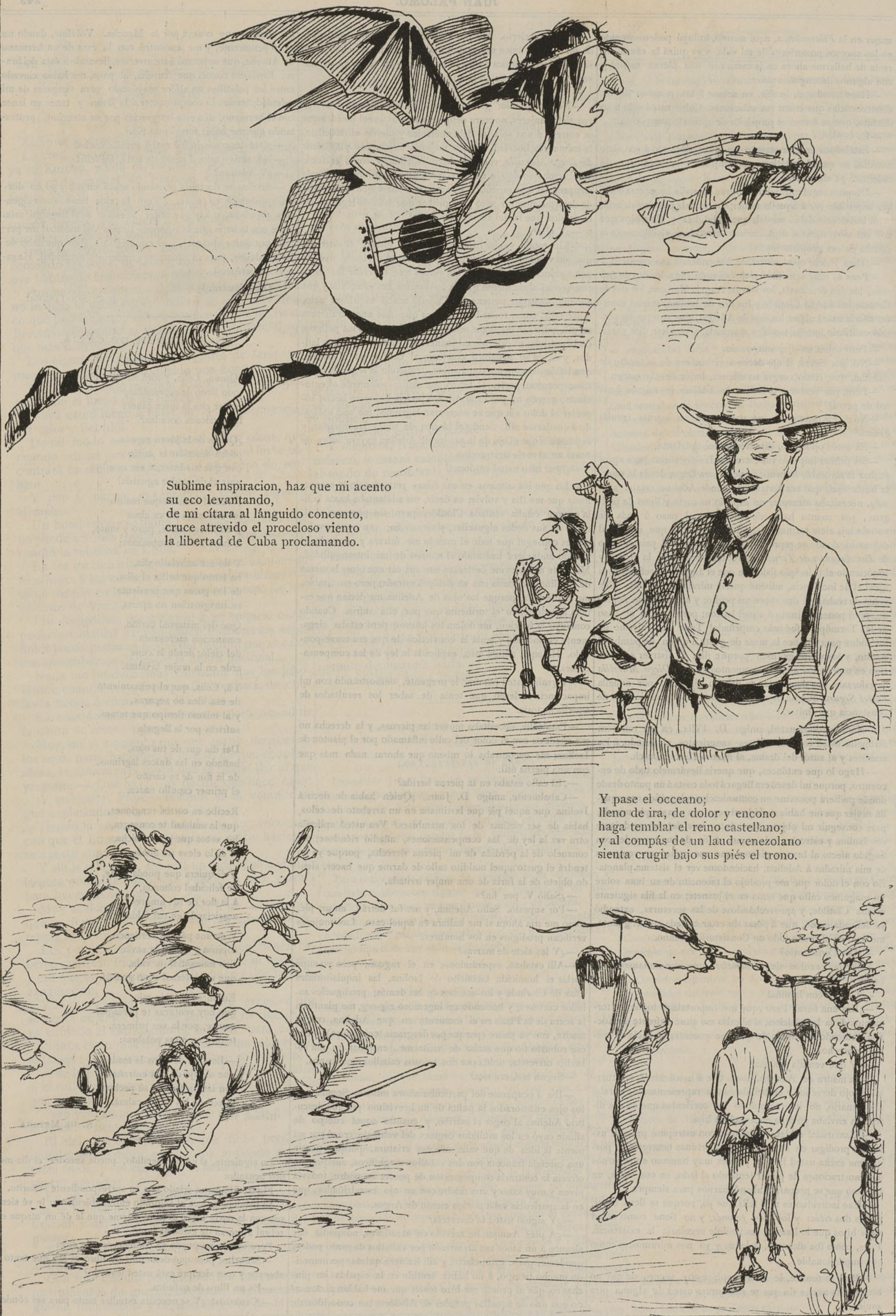
Pero un día no puede ya contenerse y le dice:

—Señorito; pero qué demonios de libro es ese que tanto le absorbe y que siempre está usted leyendo?

—Es un libro de química.

—¿Canastos! ¿Y se necesita estudiar tanto para ser cómico?

ODA CHOCOLATERA EN VERSO
DEDICADA AL CELEBRE QUESADA (EL DE LAS RESES) POR UN VATE DE CACAO-CARACAS.



Sublime inspiracion, haz que mi acento
su eco levantando,
de mi cítara al lánguido concento,
cruce atrevido el proceloso viento
la libertad de Cuba proclamando.

Y pase el oceano;
lleno de ira, de dolor y encono
haga temblar el reino castellano;
y al compás de un laud venezolano
sienta crugir bajo sus piés el trono.

Empero, ya contemplo
tus nobles hijos á la lid volando,
de Colombia seguid el alto ejemplo.
y sobre sus cadáveres alzando
de libertad el sacrosanto templo....

¡Oid, venezolanos;
aún resuenan los tétricos gemidos
que en la soga exhaláron, suspendidos,
nuestros caros hermanos!....
¡Murieron como dignos colombianos!....



¡Vosotros, opresores!
 ¿No véis el sol de libertad brillando
 en el cielo de Cuba, y sus fulgores,
 de esclavitud la noche disipando?...
 ¿No os deslumbran sus claros resplandores?....

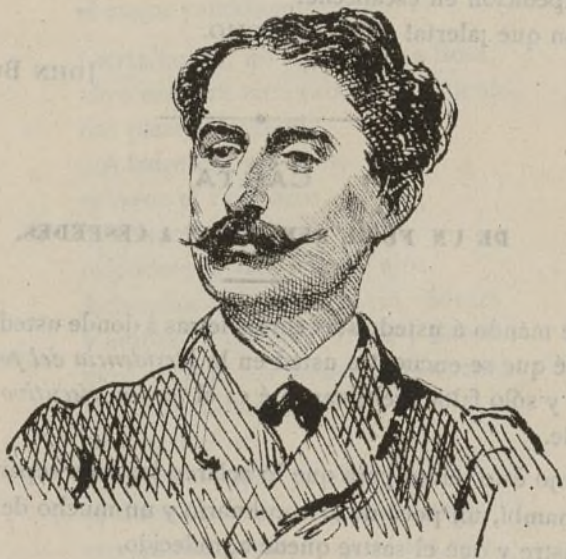
Retroceded! ¿oís?... es la campana
 que anuncia ya, vuestras postreras horas:
 ¡El hondo olvido os tragará mañana,
 doctrinas opresoras!....

Lo cual quiere decir en español:
 —"Castesao! si me sacas de aquí
 te perdono la vida."

LOS COMUNISTAS DE PARIS.



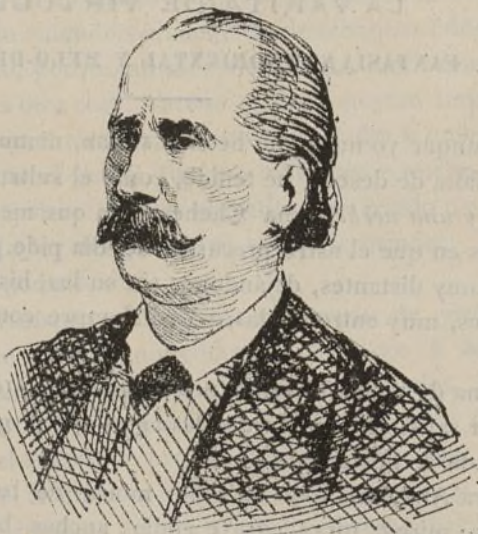
General Cluseret.



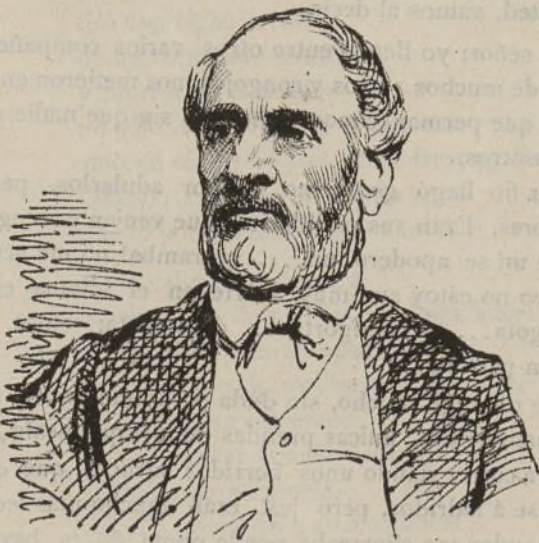
Paschal Grousset.



Assi.



Arnoult.



Delescluze.



Avoine.

EPÍSTOLAS Á "JUAN PALOMO."

NUEVA YORK, 25 DE MAYO.

Has de saber, JUAN PALOMO, que no nos llega la camisa al cuerpo.

La crónica criminal de esta ciudad vá tomando unas proporciones tan alarmantes, que no se puede salir á la calle sin llevar en el bolsillo, por vía de precaucion, unos cuantos revólvers.

Si alguna señora se te acerca á preguntar dónde está la calle de tal, ya puedes llevar mano á la faltriquera y montar el gatillo, porque ¡quién sabe cuáles son las intenciones de aquella dama!

Si algun transeunte te pide candela, dásela; pero colocando el tabaco en la boca de la pistola á modo de boquilla, y sin soltar el arma, que es tu única defensa.

Porque muy á menudo te verás en el caso de tener que dar al postulante otro *fuego* muy diferente del que pide.

Los habitantes de esta metrópoli podemos decir, parodiando á Camprón:

"¡Quién dijera, Dios piadoso,
que en esta gran batahola
solamente una pistola
es la llave del reposo!"

Porque aquí, si á uno lo asesinan, no espere protección de la policía, ni de la justicia, ni de las leyes.

Todo lo más que puede esperar, es que el *coroner* lo abra en canal y le aplique enseguida este aforismo: *mortuus est quia non respirat*.

Y eso, á la verdad, no ha de dejarle al difunto muy satisfecho, que digamos.

Ni siquiera se ocuparán de buscar al asesino, aun cuando no fuera más que para decirle: "Hombre, haga usted el favor de divertirse de otro modo."

El otro día nos anunció el telégrafo que en Madrid habían descubierto á los asesinos del general Prim.

— "¡Ya era hora!" exclamé yo al leer la noticia.

— "Miren ustedes en qué cosas pierden el tiempo los españoles," dijo un *yankee* que estaba á mi lado leyendo el periódico. "Al asno muerto la cebada al rabo, continuó. ¿De qué sirve el averiguar quién es el asesino, si al fin y al cabo no se le hace nada?"

Esto decía él juzgando por lo que aquí sucede, y á fé que tenía razon: el buscar á un criminal en los Estados Unidos no sirve más que para darle fama.

Aquí se estima la hoja de servicios de una persona por el mayor número de crímenes que ha cometido, y cuando esa hoja aparece bien negra, se recompensa al héroe con una Legación en Madrid ó en cualquiera otro punto.

¡Haber hallado á los asesinos de Prim, cuando aquí no hemos averiguado todavía quién asesinó á Mr. Nathan hace cerca de un año, y á Mr. Rogers hace un año y medio!

¿Quiere usted callar? Si esto hace reír al mismo Heráclito. Preciso es confesar que en España están muy atrasados.

Aquí, aquí es donde se ha alojado la sabiduría.

Cada animalote de esos que pasan por Broadway es un pezo de ciencia, un pequeño Salomón; y esto hace que no pueda formarse nunca ningun jurado, aunque parezca paradoja, y los criminales quedan impunes por no tener quien los sentencie.

Porque las leyes del Estado de Nueva York exigen para que una persona pueda ser jurado, que no haya leído ni oído hablar del crimen que vá á juzgarse, y mucho menos que haya formado su opinion acerca del asunto."

¡Figúrese usted! estos *yankees*, que se almuerzan un periódico todas las mañanas ántes de despertarse, como quien dice, y que son capaces de formarse, no digo una opinion, sino cien opiniones sobre cada asunto, cómo van á ser legalmente aptos para constituir un jurado!

¿Qué resulta de esta ley, que se hizo cuando no había periódicos, ni telégrafos, ni la gente sabía leer, ni formar juicio?

Que no se encuentra hoy día entre los *yankees* un jurado por un ojo de la cara; porque el que más y el que menos, oyó hablar del crimen ántes de cometerse y tiene su opinion formada sobre el asunto desde que nació.

Así ha sucedido que para encontrar doce jurados, competentes, segun la ley, para juzgar á Foster, el perillan que asesinó á Mr. Putnam, en un ómnibus, se han tenido que examinar setecientos y pico de individuos, todos los cuales sabian de coro el caso, habian formulado en su cerebro la sentencia y hasta se la habian comunicado á la mujer del vecino.

Toda una semana se ha invertido para poder reunir esos doce jurados, que no pueden menos de ser *adocenados*, y para dar una idea de la calidad del material reunido, bastará el siguiente interrogatorio, en que se verán las preguntas dirigidas indistintamente al candidato por el Juez, el Promotor Fiscal y el abogado defensor, y las contestaciones del *examinado*.

— ¿Es usted contrario á la pena capital?

— Sí, señor.

— Es decir, que si formase usted parte de un jurado que juzgase á un reo en una causa de vida ó muerte, no estaría usted conforme con la decision del jurado si éste lo condenaba á la horca?

— Sí, señor, que lo estaría.

— ¿Ha leído usted el relato de ese crimen en los periódicos?

— Me parece que sí.

— ¿En qué periódico lo ha leído usted?

— No me acuerdo.

— ¿Sabe usted leer?

— No, señor.

— ¿Ha oído usted hablar de este hecho?

— Sí, señor.

— ¿A quién?

— A usted.

— ¿Ha formado usted juicio respecto de este crimen?

— Sí, señor.

— ¿Qué opina usted?

— Que es un crimen.

— ¿Está usted predispuesto en favor ó en contra del acusado?

— En favor.

— ¿Está usted seguro que no es en contra?

— Me parece que en contra.

— Si estuviese en su poder, aboliría usted la pena capital ó la dejaría usted en vigor?

— La dejaría en vigor.

El juez: — La dejaría usted en vigor ó la aboliría?

— La aboliría.

— En qué quedamos: ¿qué es lo que haría usted?

— No lo sé.

— ¿Ha dicho usted que ha formado su juicio?

— No, señor.

La mesa: — "Señores, creo que el candidato es legalmente apto para ser jurado. Me atrevería á asegurar que en su vida ha formado juicio sobre ningun asunto."

Como este son poco más ó menos todos los que resultan idóneos para servir en un jurado.

Con entes de esta naturaleza, ¿tiene nada de extraño que los criminales sean absueltos?

Lo que es de extraño es que el jurado no decida que se les dé una medalla de honor.

Hace tiempo que no te hablo de doña Emilia y tal vez ha brás creído que estamos reñidos.

Hoy se me presenta ocasion de volver á ocuparme de ella. Me han dicho en la casa donde ella solía comprar la seda y los demás ingredientes para la fabricacion de sus banderas, que hace una semana fué á surtirse de materiales para bordar un nuevo trapo.

¿Y sabes tú lo que esto significa?

Expedicion en escabeche.

Con que ¡alerta! JUAN PALOMO.

JOHN BULL.

CARTA

DE UN FUSIL REMINGTON A CESPEDES.

Le mando á usted estas cortas letras á donde usted se halle. Ya sé que se encuentra usted en la *Residencia del poder ejecutivo*, y sólo falta averiguar qué es el *poder ejecutivo* y dónde reside.

Dejo este punto para que lo aclaren los que sepan geografia mambí, un poco de arte culinario y un mucho de no pagar al sastre y que el sastre quede agradecido.

Señor de Céspedes, muy señor mio y dueño que fué: tengo que referirle á usted varias cosas de las que me han pasado desde que dejé de pertenecerle.

Porque yo soy un fusil, aunque me esté mal el decirlo, de los que llegaron á esta isla en una de las pocas expediciones filibusteras que han conseguido meter la cabeza en el cuerpo de usted, vamos al decir.

Sí, señor; yo llegué entre otros varios compañeros, y después de muchos sustos y congojas, nos metieron en un bosque, en el que permanecimos ocho días sin que nadie se acordara de nosotros.

Por fin llegó gente: no es por adularlos, pero parecían hombres. Eran sus partidarios, que venian á recogernos.

De mí se apoderó un.... ¡caramba! no me acuerdo; porque yo no estoy aun muy fuerte en el idioma español—un partigota.... ó patrigorta.... ó patagota; vamos, ya recuerdo, un patriota.

Me restregó mucho, sin duda para limpiarme, por una de sus pantorrillas, únicas prendas de lujo que usaba, y después echó á correr dando unos berridos atroces, que querian parecerse á ladridos, pero ¡cál! eran mucho más feos.

El sudor me chorreaba por la punta de la bayoneta. Las

majaderías de aquel hombre me agoviaban. Las ridiculeces de aquel imbécil me ponian en el disparadero.

Mas en honor de la verdad, ni yo me disparé, ni él me disparó jamás. El que salió disparado corriendo fué mi amo, un día que se oyeron tiros.

Ya vé usted, señorito Carlos, que en esa tierra los que se disparan son los hombres y no los fusiles.

Pues sí, señor, un día se oyeron tiros, y entonces mi amo, con mucha furia vá ¿y qué hace? me carga [hacia ya tiempo que me tenia *cargado*] dá un berrido de los suyos, y cuando yo creí que iba á estrenarme con rumbo, me arroja en mitad del monte y sale huyendo como alma en pena.

Esto de que huyen las almas en pena lo he oído decir: yo no lo he visto.

¿Usted ha visto almas en pena? Tiene usted espejo?

Antes que se me olvide, le diré que su esposa doña Anita llegó con toda felicidad á Nueva York.

Y nada me ocurre ya que decirle sobre las almas en pena.

Es decir, respecto á ella, porque no soy ginete.

Pues, señor, vino á recogerme un buen mozo, ¡vaya un chico simpático! buena estatura; tostado del sol, barba negra, y un aire de persona decente que me dejó turulado.

Me cogió saltando al mismo tiempo una carcajada,—yo creo que por ver correr á mi amo,—y se puso á cantar:

La virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa,
que quiere ser capitana
de la tropa aragonesa.

¡Alza, pili! Este hombre sí que me gusta á mí, dije yo para mi culata; y me puse tan alegre, que me bailaba la cápsula en el cañon.

Anduvimos largo rato hasta que divisamos un grupo de gente.

Pim.... pim.... pom! compadre, aquello sí que era disparar! Mi nuevo amo, que era un soldado español, segun llegué á averiguar, parecía un empleado en correos, y las balas que yo despedia, cartas con sobre muy explicado y con todas las señas. De tal modo llegaban las balitas á su destino!

Una vez me apuntaron, y así de refilon vi á mi primer dueño, aquel de los berridos gordos, que corria con otros varios.

¡Pum! le mandé una bala y cayó al suelo.

El proyectil le rompió una pata y parte de otra, le hizo un rasguño en otra y en la otra.... ¡calle! cuántas patas resultan?

A ver: la del rasguño, una; la rota, dos; la que se le rompió un pedazo, tres; la.... pues salen cuatro! Yo no sé cómo me he descontentado! Pero, en fin, yo no quiero calentarme el gatillo discuriendo. Usted, que es el verdadero interesado, procure averiguar en qué consiste ese aumento de patas que yo observo en un individuo de la especie humana, aunque parezca exagerada la comparacion.

Yo sólo quiero decirle que me encuentro muy á gusto entre los españoles. Aquí hay salud, alegría y mucha pólvora á mano para soltar cada tiro que tiembla el orbe.

Los amigos que usted tiene en Nueva York me compraron y me pagaron el viaje para que viniese aquí á matar españoles. Y mire usted por qué demonio de casualidad, los españoles se sirven de mí para matarlos á ustedes.

El órden de factores no altera el producto. Total, igual; pero con franqueza, ahora mato más á gusto.

Y no cansándolo más, dará usted expresiones á los amigos y parientes y á todos los que le pregunten por mí en la *Residencia del ejecutivo*, y me alegraré que usted se mantenga sin novedad en la susodicha *Residencia del poder*. Yo no sé dónde está eso; pero en alguna parte debe ser. Mi bayoneta le manda á usted sus recuerdos y me encarga decirle que tiene muchos deseos de intimar con usted.—Es tan cariñosa, que crea usted que se mete en el corazon.

Agur, que oigo tiros y ya me siento una cápsula en el cuerpo. Suyo afectísimo.—Un fusil Remington.

Por la copia,

JUAN LANAS.

LA VARITA DE VIRTUDES.

FANTASIA SEMI-ORIENTAL Y MELO-DRAMATICA.

¡Aunque yo no soy ni he sido sultan, ni mucho menos, y no por falta de deseos, he tenido, como el sultan Chahriar de las *Mil y una noches*, una Cheherazada que me referia, en esas horas en que el astro precursor del día pide posada á regiones muy distantes, dejándonos sin su luz, historias muy agradables, muy entretenidas, y casi siempre con su cola de moral.

Una de tantas historias propóngome hoy referir á ustedes, y por satisfecho me dará si les agrada, en gracia siquiera de la hada de mis cuentos.

Era Abdalasis todo un señor moro, de barba negra y poblada, mirada torva, grave andar, anchas babuchas y calzon aún más ancho; y para que no faltase de nada á un moro de sus

circunstancias, tenía siete mujeres verdaderas y no sé cuántas de imitación, falsas ó postizas.

La hada de mi cuento, que era muy pudorosa, rehuyó siempre entrar en la investigación de esta última parte de las propiedades de Abdalasis, poniéndose colorada como un pimiento vizcaino cuando yo le interrogaba algo acerca de este punto, que después de todo, no hace falta á la moral ni á la trama del cuento.

Por de contado que Abdalasis frisaba en los cincuenta, y que si su rostro no aparecía afeado con las arrugas de la edad, debíalo al conocimiento que tuvo, allá en tiempos de entonces, con un don Antonio Rodríguez y Bernal, actor dramático y lírico y autor de una famosa *pomada regeneradora*, que hermosea el cutis y hace pollos de los que son gallos viejos y tienen duro el espolón.

Abdalasis tenía, fruto de sus calaveradas en *ilto tempore*, una hija de quince eneros, hermosa como un sol, en cuyos ojos se veía mejor que en un espejo: tan rasgados, tan negros, tan brillantes eran.

Celoso como buen moro, éralo, sin embargo, hasta cierto punto.

Abdalasis se cuidaba más de la honra de su Zaida, que de la fidelidad de sus costillas, porque, decía, este es un delicado boton y aquellas son flores que van marchitándose. La flor que se agosta, nadie la ambiciona, la flor que se entreabe, todos la quieren.

Y así era, en efecto.

Como en esa tierra de moros hay tantas mujeres, nadie se ocupa de la costilla del prójimo, pero todos buscan la costilla que les falta y que se encuentra sin dueño legal.

A Zaida le hacían el coco muchos que de coco tenían la propiedad y que encoraban á Abdalasis.

V Zaida, que aunque mujer y mora, no era coqueta, los oía como quien oye llover, y cuando más, decía para su jaique: "Te veo, besugo, que tienes el ojo claro."

También los veía Abdalasis; pero de distinto modo.

A la sazón había llegado á Bagdad, teatro de la historia que refiero, una famosa hechicera, que tenía remedio para todos los males conocidos, menos para el mal de la tontería, porque los que adolecen de él son incurables.

La hechicera, que había hecho la peregrinación á la Meca durante quince años, que había hablado con el espíritu del Profeta, obteniendo revelaciones preciosísimas, poseía específicos inapreciables, remedios virtuosos.

Para mantener en paz á suegras y yernos;

Para ablandar la conciencia de los usureros;

Para hacer callar á las mujeres parlanchinas;

Para dar calma á los que la han menester;

Para curar los dolores de muelas;

Para acabar con los amores de pega;

Etc., etc., etc., etc.

Abdalasis fué en derecho á su morada, y le habló de esta guisa:

—Oh, tú, génio del bien, que has venido aquí más oportunamente que piedra en dátíl sazonado y cubo en pozo profundo; tú, que tantos dones ofreces y tienes la virtud y la abnegación de venderlos por poco dinero á quienes los necesitan, socórreme en mis atribulaciones si no quieres llevar sobre la conciencia el peso de una gran falta.

—Habla, pues; refiéreme tus cuitas.

Lo que Abdalasis dijo á la hechicera es asunto que no necesitan ustedes saber por partida doble. Que Zaida era su hija; que tenía muchos pretendientes; que todos eran muy zascandiles, y que necesitaba un remedio eficaz para espantar esos moscones.

—Es muy sencillo, y puedo dártelo, díjole aquella. Allá en otras tierras que yo he visitado, donde se tiene mayor experiencia del mundo, y donde para un pillo que se encuentra, aparece un pillo y medio que le deja atontado, existe ese medio poderoso que tú solicitas, y yo lo he adquirido á fuerza de investigaciones. Vosotros, sencillos moros, que entre el harem y el café, las abluciones y otras gollerías os pasáis el tiempo, vivís como en el cuarto cielo de los que os ha ofrecido Mahoma, y no entendeis en materias de achaques dónde os aprieta el zapato, porque no sabéis usar más que babuchas. Allá ¡ah! allá es otra cosa: sucede que un moscon importuna, capirotazo con el moscon; que un perro ladra y quiere morder, puntapié con el perro; que un majadero estorba, garrotazo con el majadero. Ese es el medio que puedo darte, hijo del Profeta. La ley del garrote es lo que te brindo.

—¿Y es poderosa?

—Poderosísima. El garrote es la varita de virtudes de las edades que vosotros no conocéis, aferrados á ese fatalismo oriental que os embrutece. Yo te doy el medio, y para que veas hasta dónde llega mi generosidad, te lo doy gratis.

—Que el Profeta te proteja, benéfica hechicera.

—Qué él te libre de mal de ojos, de viruelas y de amistades de libertadores de pátrias, que pudieran tener la mala idea de venir hasta aquí buscando reconocimientos.

Hasta qué punto fué eficaz el medio de la hechicera, yo no lo diré en detalles.

Bagdad había sido una población pacífica; allí era nueva la ley del garrote, allí ni siquiera se conocía el boxeo ni otros entretenimientos *ejusdem generis*. Y sin embargo, los moscones que aburrían á Zaida desaparecieron como por encanto, no sin llevar en su cuerpo, á pesar de ser infieles, un Sacro Colegio de *cardenales*. Mientras se les quiso ahuyentar con palabras duras ó gestos torvos, no hacían caso y continuaban allí como moscas sobre la miel; cuando el garrote se enarboló, no quedó ninguno para un remedio.

Y Zaida se conservó pura y libre de malos bichos.

La historia cuenta que desde entonces no aparece en Bagdad un calavera ó Tenorio de nuevo cuño, ni por un ojo de la cara.

Toda historia tiene su moraleja, y á esta no había de faltarle.

Antójaseme ver en el grave Abdalasis la personalidad de una nación poderosa y muy conocida. Sus mujeres son aquellas provincias más antiguas: si hay pretendientes, que se llaman alfonsinos, carlistas, republicanos, montpensieristas, etc., etc., quieren cuando más prevalecer en el cariño; pero no destruirla.

La hija de Abdalasis, Zaida, es una perla que tiene allende los mares, lejos de sí, pero á la que quiere indudablemente más que á todas sus mujeres. Los zascandiles que la enamoran y pretenden libertarla de su paternidad, son unos truhanes, aventureros, perdidos y hasta ladrones y asesinos.

Para ahuyentarlos, no se necesita más que el medio de la hechicera.

El garrote.

Ahora bien; aplíquese este con fuerza, no haya compasión con ninguno, y.... ancha es Castilla!

Es probado.

JUAN CENTELLAS.

RECUERDOS DEL SITIO DE PARIS.

HASTA AQUÍ LLEGÓ EL AJERO.....

CUENTO.

No sé si en el reinado de Alarico ó en el del rey Perico, pues no lo dice el cuento, hubo cierto industrial, trafante en ajos, quien, á lomos de un flaco y vil jumento y á vueltas de mil penas y trabajos, iba de villa en villa, por las anchas llanuras de Castilla, vendiendo á las villanas la picante bulbosa que forma en las cocinas aldeanas el mejor condimento.

Cierta noche, no lejos de una llosa, cuyo nombre tampoco dice el cuento, dos pícaros ladrones, dos ladrones matrajos, robaron al tío Curro el dinero y el burro, dejándole la vida con los ajos.

Echóseles al hombro el sin ventura y empezó á caminar, triste y lloroso; pero á los pocos pasos, de la oscura maleza del camino, otro facineroso desalmado salió, ¡fatal destino! y, después de pegarle cuatro tajos con un mandoble, le quitó los ajos.

Mas su implacable estrella no estaba satisfecha: otro ladrón vino á buscar la pella del pobre traficante al despuntar la cándida mañana, y viéndose burlado, el muy bribon tiró con furia insana de un tremendo cuchillo, y ¡horroriza el decillo! no sólo le quitó hasta la camisa, sino un cacho de piel, muy fresca y lisa. Quedó.... como Abelardo quedó por los amores de Eloisa.

¿Qué cáliz de amargura no estalla al fin con las terribles heces de tan horripilante rapadura? Pon la mano, lector, en tu conciencia y dí: ¿no te estremeces solo al pensar tamaña desventura? Falto ya de paciencia, decidió poner fin á su existencia el infeliz tío Curro; pero antes quiso en su lenguaje zafio

grabar en una piedra este epitafio:

"Hasta aquí llegó á pie, sólo, sin burro, sin ajos, sin camisa y sin dinero un desdichado ajero. Librete Dios, piadoso caminante, de sufrir tan crueles sustracciones, librete Dios de un caso tan horrible como el de este ristrero agonizante; porque no hay para ciertas privaciones resignación posible; ni para ciertos males hay aguante."

Si este maldito cerco se prolonga, y si antes no me aplana una bomba prusiana, quizás yo también ponga grabado en un rincon de mi escritorio, á imitación del industrial del cuento, este rótulo bufo-mortuorio:

"Hasta aquí llegó en brazos de la dieta, sin tener una pícara chuleta de caballo, de perro ó de jumento en que clavar el diente,

un mísero poeta, más flaco y trasparente que el cristalino tubo de un barómetro. Puesto sobre su estómago el termómetro, llegó á marcar seis grados bajo cero!

Con hambre tan canina, á la cuarta semana sin puchero saltó de gozo al ver en la cocina, como un enorme lujo culinario, un pisto de asadura de canario.

Tan grande, tan feroz fué su gazuza, que después de comerse una mañana media piel de gamuza

y cuatro cigarreras de badana, amén de un viejo guante de negra cabritilla,

murió siendo testigo de un lamentable exceso, de una impúdica y rara maravilla, cual fué el rabioso y apretado beso que su cóncavo ombligo daba á su descarnada rabadilla."

FEDERICO DE LA VEGA.

Paris, 20 de diciembre de 1871. [95.º día de hambre.]

SARTENAZOS.

Oigan ustedes una máxima del entusiasta ciudadano que desde la Habana dirige epístolas á *La Revolucion*.

"El hombre entregado al juego y placeres mientras la patria batalla, debe ser considerado como sospechoso, y esta es una regla que no deben olvidar."

Anda, chúpate esa!

Advirtiéndole que lo dice, propósito de que, según su opinión, uno de sus partidarios vendió á las autoridades españolas el secreto de la expedición del *Hornet*.

Pero, hombre, no habían ustedes convenido en negar que aquel cargamento fué capturado?

¡Qué falta de memoria!

La cosa es grave. Según un escritor alemán, la Pascua caerá el año 1886 el 25 de Abril, día de San Marcos; el Viérnes Santo en el día de San Jorge; el Córpus en el de San Juan Bautista, fecha la más remota de esta solemnidad; y como quiera que en las célebres profecías de Nostradamus hay una cuarteta que dice que "cuando Dios sea crucificado el día de San Jorge, rescute el de San Marcos y sea solemnizada su presencia en la fiesta de San Juan, llegará el fin del mundo," ya sabemos, pues, que para 1886 fina este.

¡En 1886!

Aquí me tienen ustedes sin saber qué hacer. Necesito una levita, y no me atrevo á encargarla por si luego se me queda nueva.

No les parece á ustedes que es una lástima que se acabe el mundo?

Ya saben ustedes que hay muchos individuos que tienen afán por ver su nombre citado en los periódicos.

Uno de estos encontró en la calle el otro día á un periodista.

—Estoy muy resentido con usted, le dijo.

—¿Por qué?

—Porque ayer publicó usted un suelto lleno de nombres propios y se olvidó de insertar el mio.

—Pero si era una lista de reclamados y desertores.

—No importa; hubiese sido dichoso figurando entre ellos.

APUNTES PARA UN ALMANAQUE ENCICLOPÉDICO.

Fósforo.—La sinfonia del cigarro.—Una cosa que es superior á muchos laborantes, porque tiene cabeza, mientras estos.... ni por casualidad.

Fortuna.—Lotería creada por casualidad en beneficio de los tontos.

Fondo.—Lo que Aldama ha perdido en plural y no lo ha tenido nunca en singular.

Forma.—Algo que á todos gusta y que no todos tienen.

Forraje.—El presupuesto de las caballerías y los sueños de oro de los mambises.

Fragilidad.—Salvo-conducto que emplean las mujeres para hacer su capricho,—y los hombres su negocio.

Fraternidad.—El arte de romperse el bautismo con acompañamiento de orquesta.—En Francia significa incendiar palacios y fusilar generales: en Cubita Libre, que doña Emilia llame traidor á Aldama, y Aldama puerca á doña Emilia.

Frac.—Lo que más acerca al hombre á la figura del pavo.

Franqueza.—El idioma de la gente vulgar.

Frente.—La tapadera del talento ó de la tontería.

Fuego.—Un pretexto para hacer humo.

Futuro.—Aquello que no llega nunca.

Fusil.—Telescopio por medio del cual se hace ver las estrellas á los mambises.—El amigo íntimo del emperador Guillermo.—El que ejecuta los planes que Bismark concibe.

Para deducir consecuencias favorables á su causa, dice *La Revolucion* que la carne ha subido de precio en muchos puntos de esta Isla.

Claro está! la emigracion de simpatizadores ha sido tan inmensa, que ya no se encuentran reses.

Me parece que esto es lo que quiere dar á entender *La Revolucion*.

Los panaderos de Santander se han declarado en huelga.

El caso es grave.

A huelga de panaderos, cesantía de estómagos.

Pero, vamos á ver: si un día se declarasen en huelga los dientes, qué harían los panaderos?

La Revolucion habla del *Casino Español* de Puerto-Príncipe, en parangon con *La Filarmónica*, y exclama:

“Quiere usted saber la antítesis entre ambas instituciones? Oiga ó mírela usted—¡La sombra en lugar de la luz! ¡La hiedra en vez del ángel!”

¡Ángel.... patudo!

¡Alza, pilili! qué sartenazos tan *cucos* me escriben los hombres de *La Revolucion*!

El Excmo. Sr. Capitan general acaba de conceder el grado de capitán, por los servicios prestados como teniente jefe de la seccion de voluntarios de “La Mulata,” al apreciable cubano don Francisco Socarrás y Boy.

Debo consignar que este buen patriota fué condecorado el año 1851 con la cruz de San Fernando por sus méritos contraídos contra la invasion pirática.

JUAN PALOMO se complace en hacer públicos estos hechos, que prueban á los traidores, que la mayor parte de los hijos del país está de nuestro lado.

¿Es verdad ó nó lo que digo?

En un periódico inglés hemos encontrado el siguiente célebre anuncio:

“Se venden treinta pleitos á cargo de un procurador que se retira de la curia. Los clientes son ricos y testarudos.”

Es cuanto se puede pedir.... y anunciar

¡Uno más!

El Secretario del Gobierno Superior Político y distinguido juriconsulto D. Ramon María de Araiztegui ha contraído matrimonio con la bella y virtuosa señorita doña Angela Echanin.

Sea enhorabuena!

Acreedores son los nuevos esposos de obtener completa felicidad.

JUAN PALOMO se la desea por largos años.

Una carta que publica *La Revolucion* dice que el general Quesada está rodeado de personas de malos antecedentes, viciosas ó corrompidas.

¿Nos lo dice usted ó nos lo cuenta?

Los parisienses han inventado una barricada locomóvil, la cual está formada por gruesas vigas de encina bien forradas y ajustadas por sus extremidades, y entre las cuales hay un muro acolchonado de diez pulgadas de grueso, de doce á quince de largo, y de unos seis de ancho. Todo el aparato se halla revestido de unos cables de cáñamo de extraordinario grosor, y de otros de alambre como de diez pulgadas de circunferencia, y vá montado sobre un sólido tren rodado. Para poner en

movimiento esta máquina de guerra, que nos recuerda las torres usadas por los antiguos, se necesitan dos vigorosos caballos ó una docena de robustos mozos.

¿Cuándo se inventará un instrumento para poner á la gente alegre como si le hubiera tocado la lotería?

¿Qué quiere usted apostar á que los sábios no se ocupan de eso?

Una carta de Santiago de Cuba, que publica *La Revolucion*, pinta con muy bellos colores el ardor con que se baten los insurrectos!

Pues, señor, llegan, queman un puente, hacen fuego á los trenes y se marchan huyendo. Cuando llegan las tropas, ya no los encuentran.

El escritor laborante lo dice tal como yo lo refiero para demostrar el valor de sus amigos.

De la misma manera se puede demostrar la cuadratura del círculo.

¡Qué pesquil!

Por las noticias que hallamos en *La Vérité*, sabemos que la casa del jefe de policía ejecutivo, ó más bien, la casa de Madame Thiers, considerada como una de los bienes de la nacion, debe á esta circunstancia el que la Communa haya establecido en ella un puesto de guardias nacionales que la defiende contra todo ataque. Esto no ha impedido que, ante un delegado de la Comuna, se haya procedido á un riguroso registro y que del gabinete de estudio del célebre historiógrafo hayan desaparecido las notas y demás trabajos preparatorios que allí habia. De temer es que los más preciosos apuntes para la historia contemporánea queden perdidos para siempre.

¡Qué más apuntes.... para la historia que los rojos de la Comuna!

—Vecino, tiene usted noticia de lo que usted mismo piensa?

—Vaya una pregunta, vecino.

—Lo digo, porque el corresponsal que tiene en la Habana *La Revolucion* le dirá á usted, punto por punto, lo que piensa usted y lo que piensa todo el mundo.

—¡Qué me cuenta usted!

—Lo que usted oye. Sabrá usted como hemos decidido todos los buenos españoles abandonar la parte Oriental de la Isla, reconcentrándonos en la Occidental. Y no le quepa á usted duda de que lo hemos resuelto, aunque no sepamos nada: lo dice *yo* [así se firma] y no hay más cera que la que arde.—Con que, reconcéntrese usted para no hacerlo quedar mal.

Los hechos que usted denuncia, amigo suscriptor de Manzanillo, son merecedores de censura; pero, hombre, ¿no sabe usted que los periódicos no pueden publicar cartas que no vengán firmadas con nombre y apellido?

Por eso me callo sobre la de usted; y eso que tratándose de abusos, estoy siempre dispuesto á combatirlos.

¿Estamos?

El *Petit Moniteur* dá cuenta de la traslacion del general Bergeret desde la prision de Mazas á uno de los salones del Hotel de Ville. Con este motivo refiere algunos pormenores de los primeros momentos de su arresto en Mazas, y dice:

“El director del establecimiento entró á visitarle, así que fué encerrado, y le ordenó que no se despojara de su uniforme.

—¿Por qué motivo? preguntó Bergeret.

—Es la orden de la Comuna, que puede necesitar de usted de un momento á otro.

—¿Es acaso un modo de indicarme indiferentemente que trata de fusilarme?

—Yo no he dicho eso.

—Usted no lo dice; pero así debe ser, y quisiera conocer la verdad enseguida para tomar algunas disposiciones.

—Si tal es el deseo de usted, le diré lo que hay de cierto en esto. Algunos batallones de Belleville han manifestado deseos de devolver la libertad á su general esta noche; si este movimiento tiene lugar, usted será pasado por las armas en esta misma prision.

¡Ay, qué gusto y qué placer
qué cosa rica!....

Chist! atención!!

Cárlos García, ya sabe usted, aquel bandido célebre, que después de cometer fechorías por esos campos, se marchó á tierra extranjera, siendo recibido en triunfo por los patriotas ó *pata-rotas* refugiados en Cayo Hueso; pues ese, ha perdido en el juego todo el dinero que robó y todas las alhajas idem, [digo idem, por no repetir que robó] y hoy se encuentra de lo más arrancao, trabajando de despallador en una tabaquería de Cayo-Hueso.

La noticia es auténtica y vale la pena de fijarse en ella.

El que á hierro mata.... eh?

¡Qué porvenir el de los tunantes!

—Decía usted algo?

Me pareció que refunfuñaba algo entre hocicos el ciudadano Céspedes.

Hemos recibido la entrega 8^a del interesante *Album histórico fotográfico* de la guerra de Cuba.

Las dos láminas que acompañan á esta entrega contienen los retratos de la plana mayor y oficialidad del Primer Batallon de Voluntarios de la Habana.

Me gusta el *Album*, sí, señor, me gusta.

CLARO.

Adios!—No esperes ya que en esta vida
nos volvamos á ver:
te amé, pero tambien quien ama olvida;
si quieres, haz que lloras mi partida:
al fin, eres mujer.

Si no quieren mentir tus labios rojos,
Adios—y nada más;
nada de inútil llanto ni de enojos,
si algun día el dolor nubla tus ojos,
ya me recordarás.

Y la memoria del que aún hoy te adora
eterna será en tí como el dolor,
que nadie el bien perdido nunca llora,
sino cuando pasó.

ARTURO PANIAGUA.

Se ha recibido el número 11 de este año del precioso periódico *Los Niños*, que contiene lo siguiente:—*Las Grosellas*, por Muller.—*Las buenas madres*, preciosísima lámina de Ortego, grabada por Búrgos.—*El carbono*, por Thuiller.—*El toque de ánimas*, por A. Castilla, (con viñeta).—*El niño que iba á la escuela*, cuento, por Arnao, (con viñeta).—*La guerra infantil*, [continuacion, con viñeta].—*La visita*, [viñeta de Ortego].—*La pureza*.—Página autógrafa de D. Manuel Silvela.—*El pajarito murió*, [viñeta de Ortego].

Cada día es más esmerada la redaccion de este periódico de Frontaura, que deben adquirir para sus hijos todos los padres de familia. En Cuba la suscripcion sólo cuesta cinco pesos al año, regalándose en el acto un precioso *Almanaque* para 1871.

En el último vapor-correo marchó á la Península el distinguido brigadier don Benito Pasarón y Lastra.

El Sr. Pasarón ha prestado muy buenos servicios á la causa de España en América, tanto en la guerra de Santo Domingo como en la actual campaña.

Feliz viaje le deseamos.

ANUNCIOS.

RIFA DE UNA MAGNIFICA CASA.

Cumplidos los requisitos que marca el Decreto de 2 de Agosto de 1870 y con la competente autorización, se rifa una magnífica casa situada en la villa de Guanabacoa, calle de San Juan, número 26, entre Concepcion y Animas. Su construcción data del año 1865; es de mampostería, teja y azotea; su frente, de treinta varas, tiene siete columnas de hierro fundido y catorce escalones de una sola pieza, piedra de San Miguel, para la subida; espaciosa sala y comedor, cinco cuartos, la cocina y despensa del ala derecha; un gran salon, dos espaciosos cuartos cuadrados y uno regular del ala izquierda, todos muy ventilados por dominar la casa al vecindario, pues tiene el piso del jardín al nivel de los tejados inmediatos. Tiene una espaciosa cochera capaz para tres carruajes, caballeriza para cuatro bestias, dos pozos de manantial, uno inagotable aún en tiempo de seca, con brocales, horca, etc. Está toda cercada de mampostería con coronamiento de vidrios, tiene un magnífico jardín con glorieta y una gran pajarera de alambre grueso galvanizado; en el traspatio, más de cien árboles frutales en producción y buenos terrenos muy abonados; tiene sobre cuatro solares, ó sean dos mil seiscientas varas planas con rente á tres calles. Se dará posesion al que presente la papeleta contrasignada en la forma de esta y las reservadas que lleva, con el número correspondiente al premio mayor del sorteo número 866 de la Real Lotería que ha de celebrarse el día 1^o de Agosto.

Los gastos de escritura corren de cuenta del que entre en posesion de la finca.—En la administracion de este periódico se hallan billetes de venta, que comprenden cada uno dos números, al precio de

\$ 2.12.

Establecimiento tipográfico de “La Propaganda Literaria.”

CALLE DE O'REVILLI, NUM. 54.